



Investigaciones Socio Históricas Regionales  
Unidad Ejecutora en Red – CONICET  
Publicación cuatrimestral  
Año 1, Número 1, 2011

## DE FAMILIAS, REVOLUCIONES, HISTORIAS, MEMORIAS... Y RELATOS

CICERCHIA, Ricardo (SEPHILA-Instituto Ravnani/UBA/CONICET)

---

### Resumen

La desconfianza por las explicaciones socio-económicas del cambio histórico y el interés creciente en las interpretaciones culturalistas tanto del presente como del pasado son partes de los cambios recientes en el campo historiográfico. Escepticismo sobre la posibilidad de captar estructuras y procesos más amplios y de usarlos para explicar las acciones, las trayectorias y los acontecimientos. Esa vocación por las representaciones –dramáticas-, en apariencia la única vía posible de recepción de los procesos históricos de amplios sectores de la sociedad, se vio plenamente respaldada por propuestas enamoradas de aquellos vestigios de naturaleza simbólica enmarcados en singulares episodios locales. Los nuevos estilos narrativos hicieron el resto. El presente trabajo es una aproximación a los recientes debates historiográficos en el campo de la historia social, sus repercusiones en la historia de familia, y cómo los nuevos paradigmas ponen en tensión las prácticas y las representaciones sociales en procesos de cambios estructurales.

**Palabras claves:** Familia; revolución; historias; memorias; relatos

## ABOUT FAMILIES, REVOLUTIONS, STORIES, MEMORIES... AND NARRATIVES

### Abstract

*The distrust of socio-economic explanations of historical change and the growing interest in cultural interpretations of the present and the past are part of the recent changes in the field of historiography. Skepticism about the possibility of capturing broader structures and processes and using them to explain actions, careers and events. That vocation-dramatic representations, "apparently the only way of receiving the historical processes of large sectors of society, was fully supported by proposals in love with those vestiges of a symbolic nature framed by unique local events. The new narrative styles did the rest. This paper is an approach to recent historiographical debates in the field of social history, its impact on the family history, and how new paradigms put pressure on social practices and representations in the process of structural change.*

**Keywords:** Family; revolution; stories; memories; narratives

Recibido con pedido de publicación 15/03/2011
Aceptado para publicación 10/06/2011
Versión definitiva recibida 30/08/2011

La desconfianza por las explicaciones socio-económicas del cambio histórico y el interés creciente en las interpretaciones culturalistas tanto del presente como del pasado son partes de los cambios recientes en el campo historiográfico. Escepticismo sobre la posibilidad de captar estructuras y procesos más amplios y de usarlos para explicar las acciones, las trayectorias y los acontecimientos. Esa vocación por las representaciones – dramáticas-, en apariencia la única vía posible de recepción de los procesos históricos de amplios sectores de la sociedad, se vio plenamente respaldada por propuestas enamoradas de aquellos vestigios de naturaleza simbólica enmarcados en singulares episodios locales. Los nuevos estilos narrativos hicieron el resto. El presente trabajo es una aproximación a los recientes debates historiográficos en el campo de la historia social, sus repercusiones en la historia de familia, y cómo los nuevos paradigmas ponen en tensión las prácticas y las representaciones sociales en procesos de cambios estructurales.

La historiografía social que hizo suyo el giro cultural, fue afectada por la estrecha colaboración con la antropología bajo la penetrante influencia de Clifford Geertz, quien puso énfasis en la riqueza de significados presente en una situación social determinada y bastante menos en la búsqueda de regularidades empíricas, y la de Pierre Bourdieu, con mayor atención a la cultura como un conjunto de prácticas que grupos sociales heterogéneos utilizan de diversos modos. Su obra apuntaba al discernimiento de la “lógica específica” de los “bienes culturales”. En esta lógica, las maneras y los medios de apropiación de los objetos culturales fueron cruciales, acentuando la importancia de los desniveles sociales en el manejo de la cultura y reafirmando el vigor de la historiografía social.

La nueva impronta del giro cultural en el estudio de las sociedades pretéritas reavivó la importancia del poder estructurante de las sagas discursivas. Muchos historiadores coincidieron en la resignificación del lenguaje y sus prácticas, y sin consensuar del todo, dando a tales aspectos de la vida social un alcance explicativo casi absoluto. Muchas investigaciones se involucraron con el énfasis de los condicionantes culturales de las relaciones sociales, sosteniendo que las condiciones materiales eran percibidas a través de las experiencias y disposiciones simbólicas y que la vida social sólo existe en y a través de acciones culturales históricamente mediadas.

Tales transformaciones fundamentales del debate historiográfico contemporáneo, ameritan aquí, al menos, una breve genealogía. Hacia fines de la década de 1970 la historia social conseguía su hegemonía. Un liderazgo fundamentalmente marxista en su orientación erosionado en el curso de los años 80 por intermedio de algunos de sus principales exponentes quienes corroboraban la insuficiencia de los análisis materialistas y en contraposición, la importancia de los procesos culturales. Esta reorientación lingüística y fundamentalmente interdisciplinaria, tuvo enormes alcances en el debate historiográfico.

El movimiento fue desde la sociología, la ciencia política, la demografía y la economía hacia la antropología, la filosofía, los estudios culturales, el feminismo y la crítica literaria. La búsqueda de estructuras globales cedió su lugar a las microhistorias e historias de las subjetividades y el post-estructuralismo. Hoy este giro comienza a revisarse, y las urgencias por elegir



entre historia social e historia cultural se hace, hoy por hoy, ineficiente. El slogan de Geoff Eley es: HISTORIA DE LA SOCIEDAD, lo que en la práctica historiográfica se conoce como la nueva historia cultural.<sup>1</sup>

La primera frustración devino de la historia social cuantitativa, la que efectivamente podía cuantificar y reconstruir las estructuras pero nada decía de las creencias y prácticas sociales. Por otro lado la clase social como categoría de análisis comenzaba su decadencia teórica, algo exacerbada por la crisis de los paradigmas del socialismo real y un imaginario social mucho más acrítico de las formas del capitalismo mundial contemporáneo.

Cuando los historiadores declinaron las explicaciones del determinismo socio-económico en la búsqueda de las fuentes de las identidades subjetivas de las comunidades, reflejaban al mismo tiempo, la desaparición del capitalismo fordista y la emergencia del neoliberalismo global.<sup>2</sup>

La historia cultural postulaba las prácticas significantes como la llave del entendimiento de la acción social, la textualidad como vehículo y objeto de análisis y el lenguaje y las prácticas de representación como los fundamentos de ruptura de una historia materialista y totalizante. Entre sus proposiciones metodológicas la contingencia, las rupturas episódicas desligadas de las contradicciones estructurales, localidad, ambigüedad, fragmentación. Horizontes teóricos alimentados por los procesos sociales de escala mundial que han profundizado la primacía de la información tecnológicamente formalizada sobre los sentidos narrativos, produciendo, en mi opinión, excesos de representaciones sociales y el raquitismo de una conciencia histórica.<sup>3</sup>

También, los virajes se confirmaron en otros campos. Los antropólogos renegaron de los protocolos de la etnografía tradicional, los críticos literarios abrazaban la deconstrucción, todo en un contexto de flexibilidad epistemológica: incertidumbres de la teoría social. Nace entonces esta nueva historia cultural como un verdadero repertorio ecléctico de enfoques y temas.

Casi todo fue tributario de esa categoría clave de discurso y su poder de captación de subjetividades, destituyente de los conceptos de agencia, experiencia y práctica. El desafío, aun en etapa experimental, puede entonces circunscribirse a las posibilidades de repensar el arraigo esencial de la historia social en el materialismo histórico, luego de más de 25 años de afinidad con el carácter lingüístico y cultural de la realidad social. Remover los patrones formales y los modos de representación y reubicar los conflictos sociales como objetos de la investigación histórica. Reintroducir el agente como un actor social eficiente que convoca los significados culturales, sus usos individuales y el continente de formas históricamente condicionadas. Una encarnación de las fuerzas colectivas en personas individuales.<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> Para una interesante puesta al día del debate ver *The American Historical Review*, Vol. 113, Nro. 2, April, 2008, "Geoff Eley, *A Crooked Line from Cultural History to the History of Society*", [pp.] 391-437. (Versión en castellano: *Entrepasados*, 35; [pág.] 5-64).

<sup>2</sup> Jacques Revel. "Microanalyse et construction du social"; en *Jeux d'échelles: La micro-analyse à l'expérience*. París, 1996; [pág.] 18.

<sup>3</sup> Entre las excepciones, la vitalidad de los esquemas neo-gramscianos de la historiografía moderna latinoamericana en asociación con la proliferación de movimientos sociales autónomos de los sistemas políticos formales.

<sup>4</sup> Marshall Sahlins. *Culture in Practice. Selected Essays*. New York, 2000; [pág.] 25.



En esta línea, la cultura se nos presenta menos como una estructura sistemática que como un repertorio de competencias, un sistema de racionalidades prácticas o como un simple conjunto de estrategias reales. La cultura como un giro performativo. Una historia de las prácticas como núcleo del análisis social. Tal como nos avisaba Roger Chartier, las representaciones son matices que modelan las prácticas, a través del cual el mundo social es construido. Ello significa que las visiones, divisiones y categorías organizativas de la vida social son el producto de una estructura de diferencias que es objetiva.<sup>5</sup>

Lo que sí podemos afirmar es que no hay historias sociales generales y que las dimensiones de localidad, campo discursivo y agencia deben articularse a los niveles estructurales de las dinámicas humanas. O en palabras de Robert Darnton, lograr una historia con espíritu etnográfico. El retorno al sujeto es producto de esa prioridad del estudio del sentido y de la acción simbólica, por una ciencia entendida como de lo singular y de la experiencia vivida. Esta historia debe entender cómo el poder y sus significados fueron expresados en forma cotidiana: cómo la hegemonía fue construida, combatida y reconstruida a través del discurso y los ritos; cómo los grupos subalternos expresaron una visión alternativa de la nación y cómo la gente común, percibía, se adecuaba y resistía el capitalismo, la formación del estado-nación, los procesos de modernización, urbanización e industrialización. La afirmación de que las acciones humanas portar sentidos implica bastante más que una referencia a las intenciones conscientes de los individuos, requiere también aprehender el contexto social dentro del cual adquieren significación tales intenciones, es decir implicar la vida material, estructural, objetiva de los fenómenos sociales. Entender dicho contexto como texto.

Quiero mencionar un itinerario historiográfico específico, a modo de ejemplo: la historia de familia. Es el campo de la historia de la familia un escenario de combate, pero ¿todavía una historia de la familia? Era esta la pregunta que nos formulábamos no hace mucho un grupo de historiadores y antropólogos de la familia (hablo de conversaciones con Giovanni Levi, Joan Bestard y Francisco Chacón). Aquí un somero detalle de nuestro debate.<sup>6</sup> Una de las

<sup>5</sup> Esta preocupación fue recogida por algunos trabajos en el *Journal of Social History*, Fall, & Spring, 2003, y en *American Historical Review*. Vol. 107, Nro. 5, diciembre, 2002. Debate retomado y actualizado en *Historia Social*, 60, 1, 2008.

<sup>6</sup> Parte de estas conclusiones, producto de varios años de investigación compartidos entre Buenos Aires, Barcelona y Murcia, fueron presentadas en el "Foro Internacional sobre el Nexo entre Ciencias Sociales y políticas" patrocinado por UNESCO (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 2006); y luego publicadas en la *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, niñez y juventud*. Los argumentos centrales también fueron expuestos en la ponencia "Formas familiares y vida material: Estrategia, performance y alteridades" en el marco del "Congreso Internacional: Familias y organización social en Europa y América, Siglos XV-XX." (Murcia-Albacete, 2007). Versiones de estas reflexiones fueron publicadas en R. Cicerchia y J. Bestard, "Estudios de Familia, entre la antropología y las historias"; en Dora Celton, Mónica Ghirardi, Enrique Peláez (editores). *El nexo entre ciencias sociales y políticas: migración, familia y envejecimiento*. Córdoba/Argentina: Universidad Nacional de Córdoba-UNESCO/Editorial Copiar, 2008; y Ricardo Cicerchia, "¿Astucias de la razón doméstica? Formas familiares y vida material: estrategia, performance y narrativa de un teatro social"; en Francisco Chacón Jiménez et al (ed.). *Familias y organización social en Europa y América. Siglos XV-XX*. Murcia: Ediciones Cátedra/Universidad de Murcia, 2007 [2009]. También en Nuevo mundo mundos nuevos. Revista electrónica <http://nuevomundo.revues.org>

consecuencias del gradual abandono del funcionalismo y su reflexión sobre los procesos de modernización ha sido la reorientación de las ciencias sociales hacia la dinámica de los cambios sociales, las transformaciones no lineales y la historia social.<sup>7</sup> Una impresionante ruptura epistemológica, un indiscutido crédito para el campo.

La pregunta insinúa la geografía de un forcejeo actual sobre las potencialidades del campo, sus encrucijadas y por qué no, su envejecimiento. Pensamos en una serie de premisas-consigna que habíamos desarrollado en alguno de nuestros trabajos anteriores y que pueden resumir los contenidos de una futura salida. Aquí las sintetizamos: reafirmar el carácter patriarcal y el impacto decisivo de la lógica económica de los discursos de la modernidad sobre la organización familiar; visitar la hermenéutica de la razón familiar; reinterpretar las prácticas familiares como expresión de un sistema cultural con eje en el *locus* y las identidades; y profundizar el desafío propuesto por el giro lingüístico y el giro cultural a la narrativa histórica.

La reconstrucción pormenorizada de la razón doméstica durante los procesos de modernización a partir de comienzos del siglo XVIII constituye un micro-análisis que permite especificar y enriquecer la comprensión de los procesos estructurales del cambio social. Pero dicha tarea entendemos sólo adquirió relevancia historiográfica en el marco de la definición de un núcleo de sentidos y en la demarcación de los itinerarios de una trama de evidencias cuantitativas y cualitativas recogidas sobre una amplia gama de problemas sociales, económicos, políticos y culturales, como las características del crecimiento económico, los desajustes sociales, las manifestaciones de la cuestión social, las nuevas formas familiares, la lenta consolidación de las capacidades institucionales del estado, las concepciones sobre la pobreza y la beneficencia, y las culturas asistenciales imperantes. Marcas tan potentes como a veces invisibles del proceso de secularización. En el convencimiento de la capacidad explicativa del universo doméstico, tomamos la decisión de presentar, de manera sintética, el abordaje a un asunto de familia en la era de las independencias.

En los últimos años los estudios sobre las guerras de independencia se concentraron en el lenguaje político y las instituciones. Aquí entablaremos un diálogo crítico con la historia política en sus nuevos andamiajes: los discursos que configuran acción política, y el neo-institucionalismo, en este último caso de manera más combativa.

Un lenguaje como acción política, perspectiva que recoloca la complejidad de los procesos de independencia no sólo en la instauración del nuevo régimen, sino esencialmente con el aseguramiento de un orden político legítimo idóneo

---

<sup>7</sup> Críticas al modelo de Parsons han desafiado sus afirmaciones sobre el aislamiento de la moderna familia nuclear y han documentado patrones de asistencia interfamiliares. Por otro lado, desde la demografía histórica, los hallazgos de la preexistencia del modelo familiar nuclear al momento de la revolución industrial en Europa Occidental terminaron por develar el carácter ideológico de la perspectiva estructural-funcionalista. Sobre el debate ver Peter Lastett & Richard Wall (eds.). *Household and Family in Past Time*. Cambridge, Cambridge University Press, 1972; Joan Bestard. *Parentesco y modernidad*. Barcelona, Paidós, 1998; Ricardo Cicerchia, (Comp.) *Formas familiares, procesos históricos y cambio social en América Latina*. Quito, Abyayala, 1998 y Ricardo Cicerchia, *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires, Troquel, 1998; Vol. I-IV.

capaz de fundar un espacio público. Un escenario formado por ciudadanos virtuosos, prohombres de la libertad y patriotas, que sobrellevando sus diferentes pabellones partisanos fueran aptos para imponer méritos republicanos. Estos valores representarían el núcleo simbólico del nuevo poder. Y aún más, formulaban el tránsito directo hacia las acciones prácticas. Las concepciones de ley, libertad, virtud republicana y patriotismo conformaron ese glosario motor de la experiencia política.<sup>8</sup>

Las independencias implicaron formas nuevas de representación del pueblo. Cabe decir que las referencias republicanas, todas presentes dentro del lenguaje de la monarquía, se rearticulaban con una noción de pueblo fundamento y paradigma de la revolución. Este discurso no se propuso novedoso sino que recogía los valores republicanos del mundo clásico, y cuyo horizonte fue la acción política desde un lenguaje constituido en el marco de una dinámica de intertextualidad cultural atlántica, mediada por los actores sin amarras ni de origen ni de destino.

Al momento del establecimiento del Virreinato del Río de la Plata en 1776, había pocos elementos de unidad entre los diferentes territorios que lo integraron. En realidad, eran las ciudades las que siguieron ejerciendo facultades de gobierno, hacienda y justicia. El plan del reformismo borbónico forzó la centralización de esas facultades en las instituciones regias con resultados esquivos. La crisis ocasionada por las abdicaciones de 1808 dio lugar a que las ciudades-territorios incrementaran sus atribuciones convirtiéndose en los principales actores del proceso emancipador.<sup>9</sup>

Entonces, nuevamente ¿ha sido el XIX el siglo de la política? Un siglo a lo largo del cual los principales interrogantes sobre la organización de la sociedad por sí misma han quedado planteados y en el que un largo abanico de respuestas posibles ha sido ensayado. Veamos el giro de la historia intelectual en América Latina de la mano de los estudios culturalistas y revisionistas. En diálogo con las más consagradas vertientes de historia política (como la historia contextual anglosajona, la historia conceptual alemana y la historia intelectual francesa), se nos ofrece una historia intelectual de características propias. Una historia intelectual en la que América Latina intenta recuperar el análisis de las dimensiones sintáctica, semántica y pragmática del lenguaje político en tanto discurso y práctica.<sup>10</sup>

¿Qué significa hacer historia de los lenguajes políticos? No se trata de la historia de las ideas o conceptos en uso en un contexto específico y, ciertamente, no es la tarea de analizar su imperfección o inadecuada aplicación en el mismo. Los lenguajes se proponen como entidades objetivas que se encuentran públicamente disponibles para diversos usos posibles por distintos

<sup>8</sup> Con diferentes aportes, historiadores y filósofos asociados a la Escuela de Cambridge, como Pocock y Skinner, han entendido la existencia de una relación entre lenguaje, tradición y teoría política, como un ethos de la vida civil. J.G.A. Pocock, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*. Princeton and Oxford, Princeton University Press, 1975. Quentin Skinner, *Visions of Politics: Regarding Method*. Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

<sup>9</sup> José Carlos Chiaramonte. *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la nación argentina 1800-1846*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1997.

<sup>10</sup> Elías Palti. *El tiempo de la política. Lenguaje e historia en el siglo XIX*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.



interlocutores, y existen de manera independiente de su voluntad. Entidades, por cierto, precariamente articuladas. La historia de los lenguajes es entonces la historia del modo de producir conceptos, no sólo de los cambios de sentidos en esas categorías sino del sistema de sus relaciones recíprocas. Sistemas conceptuales como formaciones históricas contingentes, constitutivamente incompletas, dislocadas respecto de sí mismas. Nuestra apuesta lleva a cuestionar no sólo las condiciones locales de aplicabilidad del tipo ideal (modernidad, liberalismo, soberanía) sino a cuestionar el tipo ideal mismo.

Se nos impone el análisis de la primera alteración en las condiciones objetivas de enunciación de los discursos que se produce como consecuencia de la vacancia del trono en 1808. En primer lugar, el carácter contingente y contradictorio del lazo entre el liberalismo español y el colonialismo, así como entre el republicanismo americano y su autonomismo. En segundo lugar, es importante valorar la idea de la preexistencia de la nación como una premisa clara del proceso gaditano y la fuente de la que los poderes representativos tomaron su legitimidad. En América no habría sucedido lo mismo, el nacimiento a la política moderna podríamos ubicarlo en el proceso de reformas borbónicas, casi tres décadas antes del inicio de la guerra de independencia. La discusión podríamos centrarla en el sujeto de la soberanía. ¿Fueron las ideas su fundamento a través de ese lenguaje performativo? La historia social o de las sociabilidades demuestra una relación mucho menos que lineal con tales soportes. Ese desafío universal de los contemporáneos por elucidar el nuevo orden político ¿Fue tan universal? ¿Se trató de un solo pacto?

Resumiendo, la fuerza de las palabras debe ser indagada en clave social. Esta es nuestra propuesta. Se trata de los límites de una realidad impuesta por la revolución. Sobriedad, disciplina, orden, subordinación, fueron también parte de la nueva nomenclatura. Una apelación al soldado cuya eficacia pretendemos inquirir en nuestros casos de estudio.

La segunda avanzada en clave política del período (y vale mencionarla aunque sea someramente) ha sido el neo-institucionalismo. Hablamos de un conjunto de teorías que asigna una importancia central a las instituciones y sus estructuras, y específicamente a las reglas, procedimientos, organizaciones y componentes que instituyen el sistema, y su influencia en las relaciones, conductas, comportamiento, estabilidad e inestabilidad de los gobiernos y en la vigencia y reproducción del sistema social.

Así, los agentes individuales y los grupos persiguen sus proyectos en un contexto constreñido colectivamente, las restricciones asumen la forma de instituciones, patrones organizados de normas y roles socialmente construidos, los cuales son creados y recreados constantemente, estos constreñimientos son en ciertas ocasiones ventajosos para los actores sociales en el logro de sus objetivos. Pero entendemos que es su historicidad la que debe ser cotejada en procesos sociales específicos: Factores contextuales que restringen las acciones de los actores sociales individuales o colectivos moldean sus deseos, preferencias y motivos, los aspectos que constriñen por lo general tienen raíces históricas, son residuos de acción y consecuencia de decisiones externas, y tales elementos que delimitan, confinan, implican y difunden diferentes recursos de poder a los diferentes actores individuales o colectivos. La trama entre prácticas y lenguajes, empecinada según esta óptica en la construcción de un nuevo orden político –y social-, debe reconocerse imperfecta en dos

niveles. En los propios desajustes de la performance revolucionaria, y en el relativo impacto sobre la sociedad civil. Y justamente por esto, es la sociabilidad en la era revolucionaria, de la que recortaremos algunos fragmentos, la que afirma un laboratorio propicio para tal escrutinio.

Ya que la propuesta parecería indicarnos que el juego del lenguaje es suficiente para alimentar estas novedosas especulaciones de la historia política, acepté el desafío. De los escenarios de la vida maridable y las guerras domésticas, recuperados a través de los archivos judiciales, reconstruimos 450 juicios que giraron en torno a las siguientes figuras jurídicas: Disensos, Separaciones, Alimentos, Cesión de menores, Disputas patrimoniales, y Violencia doméstica. De una muestra significativa de estos juicios por asuntos de familia de ciudad y campaña de Buenos Aires entre 1780 y 1820, registramos entre sustantivos, adverbios y adjetivos un total de 27.000 palabras. De este total, menos del 1% (250 voces), hacen referencia a los cambios en la sociedad (tomamos como vocabulario de referencia *La Gaceta de Buenos Aires*) ¿Se trata de un problema del teatro judicial?, ¿es la sociedad rioplatense reaccionaria a tales transformaciones?, o ¿los campos semánticos reducen y traducen la acción social?

### ***El punto de vista y primera avanzada deliberativa***

Tanto los cambios borbónicos y la propia revolución en el Río de la Plata, como las otras revoluciones hispanoamericanas, pueden comprenderse como una serie de ensayos políticos y sociales inciertos. Mientras el poder circulaba y se disputaba entre las élites urbanas, la crisis de la monarquía auspiciaba transformaciones en la sociabilidad que serán base de los cambios lentos pero consistentes de los modelos de dominación.

Las posiciones más radicales, bajo la influencia del giro lingüístico, han dado lugar al denominado *Postsocial History*, que tiene la particularidad de argumentar por una nueva ontología social que involucra una ruptura sustancial con las prácticas precedentes en la escritura de la historia social. En efecto, la denominada historia postsocial, representada en el trabajo de historiadores como P. Joyce, Joan Scott y James Vernon, sostiene que la esfera social no es una entidad estructural y, por lo tanto, no existe una relación causal entre la posición social de los individuos y sus prácticas.

Mientras los historiadores socio-culturales afirmamos que las condiciones sociales devienen estructurales y comienzan a operar como un factor causal de la práctica una vez que han alcanzado cierta clase de existencia significativa y no meramente por su existencia material, los historiadores postsociales sostienen, por el contrario, que la serie de categorías a través de las cuales los individuos entienden y organizan la realidad social, no es un reflejo o expresión de esa realidad social, sino un campo social específico con su propia lógica histórica. Estas categorías constituyen una red compleja y relacional, cuya naturaleza no es ni objetiva ni subjetiva y cuyo origen es diferente de y externo a la realidad social y a la conciencia humana; ellas no son meramente medios para transmitir los significados de la realidad, sino una activa parte en el proceso de constitución de esos significados. De allí se concluye que los



discursos operan como principios estructurantes de las relaciones sociales e instituciones. Por otra parte, si para la historia social el lenguaje es un medio de comunicación a través del cual los contextos y divisiones sociales son transformados en subjetividad y acción, para la historia postsocial, el lenguaje es una noción constitutiva o performativa que participa en la constitución de los significados de los contextos sociales. Como Joan W. Scott afirma, el lenguaje no es simplemente palabras, sino modos de pensar y entender cómo el mundo opera y cuál es nuestro lugar en él. La experiencia que la gente tiene de su mundo social -noción nodal de la historia social- no es algo que la gente experimenta, sino algo que significativamente construyen en el espacio de enunciación creado por la mediación discursiva.

Desde esta perspectiva, la pobreza, la exclusión, la marginalidad no deriva de una situación vivencial sino de la manera en que los sujetos sociales las articulan discursivamente. Y más aún, la capacidad creativa y manipuladora de los agentes, tantas veces comprobada históricamente, sería una falacia.

En el marco de estas nuevas trayectorias de reflexión historiográfica asoma, desde la otra vereda, el neo-institucionalismo. Según Douglass North la escuela ha introducido una especie de psicología experimental para sustituir el utilitarismo y el propio proceso de optimización, lo que hace al individuo un agente menos racional y soberano. Herbert Simon definió a los agentes ejerciendo una racionalidad acotada o limitada por las carencias de información aludidas y por los propios procesos cognitivos de los agentes. Eso significa que los agentes disponen de información incompleta, que es costoso conseguir información adicional y que incluso con buena información los modelos mentales de los agentes que la interpretan pueden estar operando de manera equivocada frente a la realidad. Más importante aún es que las instituciones guían su comportamiento, las normas sociales castigan o aprueban sus acciones, de tal modo que las decisiones económicas óptimas sólo se pueden tomar en ambientes institucionales propicios a la creación de riqueza. Es posible entonces que no se puedan tomar buenas decisiones cuando las instituciones tienen manera de orientar de manera cooperativa los intereses sociales; lo que hacen entonces es propiciar la captura de otras lógicas que permean la voluntad de los individuos. Sociales, familiares, de vecindad.

En el enfoque de Anthony Giddens este nuevo institucionalismo considera a la cultura como la generadora de las instituciones, pues supone que éstas conforman el conjunto de normas y tradiciones que tienen su origen en las rutinas organizacionales. Sirven así de soporte social y configuran, sin determinarlas, conductas, usos, costumbres, con sanciones y premios, incentivos y castigos. Sin embargo, mirar las instituciones como grandes marcos de referencia cultural es insuficiente. Entendemos la performance de los actores mucho más comprometida con los procesos sociales que los afectan. Y junto a esto el propio incidente del hecho. Las instituciones y las redes que se estructuran alrededor de ellas (socialización-deliberación-participación) son efectivamente marcos culturales, pero creados social e históricamente.

La fórmula neo-institucional guarda algunos supuestos del paradigma neo-clásico de la economía contemporánea, como los procesos de maximización que gobiernan el comportamiento de empresas y agentes, cierto nivel de racionalidad mínimo del agente individual, pero el punto de partida es

igualmente el individualismo metodológico, aunque se le preste algo más importancia a las normas que emiten las instituciones que en nuestro criterio son básicamente construcciones sociales de sentido.

Tampoco entendemos, al menos históricamente, la idea de un aparato de justicia imparcial fundamental para el funcionamiento adecuado del sistema. La garantía de resolución de conflictos de forma rápida y en función de los méritos, tiene, independientemente de la eficacia de la justicia, siempre relativa, una vinculación mucho más estrecha con las relaciones de poder.

Yo me declaro enemigo de estos libertinos eruditos, como diría Carlo Guinzburg, de las mencionadas tendencias de moda, diciendo que:

- Estas narraciones no nos hablan de la realidad historiográfica tanto como, antes bien, de quien las construye.
- Cada testimonio histórico tiene, a contrapelo de lo que indican los escépticos y deconstructivistas, elementos no controlados.
- El vínculo entre relatos históricos y de ficción debe afrontarse de la manera más concreta posible. (Ej.: relatos de sobrevivientes de campos de concentración).
- Los historiadores debemos desenredar el entramado de lo verdadero, lo falso y lo ficticio. (Todo lo contrario de lo hecho en los actos públicos del Bicentenario).
- La historia como un modelo estilístico y cognitivo y no como mera convención literaria con efectos de verdad.
- El Retorno a la tradición de la *histoire philosophique* al uso de Voltaire es un paso en falso. La metáfora de la indagación *anticuari* como proponía Arnaldo Momigliano, mejoraría nuestro punto de vista).

Proponemos el retorno crítico a lo social, recuperar el recorrido del giro cultural y las fórmulas institucionalistas en el estudio de los fenómenos sociales y considerar a la cultura como una *categoría de la vida social* distinta, pero relacionada con la economía, la sociedad y la política. Con más astucia, debemos considerar a la cultura como un sistema de símbolos que poseen una coherencia real pero frágil en riesgo por las prácticas y por lo tanto sujeta a transformaciones. La cultura, como las instituciones, son un campo de juego con sus límites y protocolos internos menos transparentes, en el cual actores y grupos compiten por posición y poder; concretamente por el control de los significados, diversos, temporales y emergentes. Así nuestras fuentes gozarán de una libertad condicional carne de una deseada nueva estética historiográfica.

La ideología jerárquica que impuso la conquista significó que los europeos, así como sus descendientes americanos (criollos), gozaran con exclusividad de posiciones de poder y prestigio. Esta visión colonial, si bien fue incapaz de frenar los inevitables procesos de mestización, estimuló el estilo corporativo de las sociedades coloniales mercantiles. La ciudad fue el espacio de mediación de la sociedad colonial, el lugar en donde las élites y sus corporaciones –



terratenientes, grandes mercaderes, burócratas- se ponían en contacto cotidiano con los artesanos, trabajadores urbanos, migrantes y desocupados. El lugar en donde los españoles y portugueses, desde sus posiciones de poder, se confrontaban con el otro indígena, africano y con la riquísima gama cromática de las castas. Pero como en todo conglomerado social, la dinámica urbana también producía, con mayor o menor éxito, una lenta erosión de las fronteras sociales.

Las ciudades coloniales sirvieron de manera excepcional al montaje de la estructura mercantilista de la región. Punto de tránsito y consumo de metales preciosos, alimentos, textiles y bienes suntuarios, dentro de un circuito que comunicaba las metrópolis europeas con el Nuevo Mundo.

Como centros financieros y crediticios, las ciudades fueron el nexo entre los mercados europeos y las producciones de materias primas americanas. Residencia de los grandes mercaderes, las ciudades más importantes eran también asiento de consulados, institución mayor del gremio de los comerciantes. Resultado de estas funciones fue la emergencia de redes de ciudades principales y secundarias que demarcaron las primeras fronteras nacionales, otro de los fenómenos singulares de la región.<sup>11</sup> Fue esta trama urbana el más fiel reflejo de una economía mercantil que se ampliaba y diversificaba.

Durante el siglo XVIII se produjeron importantes transformaciones que impactan en el desarrollo urbano de toda el área. Las preocupaciones de índole estratégicas como la amenaza que provocaban las autonomías regionales en detrimento de la autoridad del rey, el crecimiento del poder del sector criollo de la sociedad y la mayor injerencia de la iglesia en asuntos económicos y sociales, la necesidad de protección frente a otras potencias europeas, vinculadas con la necesidad de reestructurar el orden colonial, condujeron a las monarquías a iniciar un proyecto de “revitalización” de la economía. Este implicaba, por ejemplo, la gradual abolición del monopolio comercial de Cádiz y la reorganización del aparato colonial administrativo a través de la inclusión de una tecnocracia pública subordinada al poder monárquico. Desde entonces, y ya definitivamente, las ciudades consideradas vitales para estos programas, tal el caso de Buenos Aires, Caracas, Río de Janeiro, se convierten en centros políticos, culturales y económicos hegemónicos. Centros excluyentes de irradiación y reproducción de desigualdades y de sueños de progreso que motorizan constantes migraciones (Cicerchia, 2002).

La estructura social ayudó a configurar el formato físico de la ciudad. Hubo una estrecha relación entre distribución de estatus y riqueza y la ocupación y apropiación de los espacios urbanos. La ubicación, diseño, condición de las casas, y el establecimiento de negocios, iglesias, parques, mercados y edificios públicos reproducía las jerarquías sociales. Una distinción fundamental a propósito de la apropiación de los espacios urbanos, fue la división entre áreas públicas y privadas. La plaza, las iglesias y los paseos fueron lugares comunes a todos los residentes. Parques como la Alameda de la ciudad de México, la Plaza Victoria en Buenos Aires, o el *Jardim Publico* en Bahía, fueron escenarios de un importante contacto ciudadano. En contraste, otros espacios

<sup>11</sup> Generalmente las ciudades principales devinieron en las capitales de los países y las ciudades secundarias no eran cabeceras del circuito comercial.

(edificios públicos, clubes, salas de reunión, universidades), fueron privativos de las élites, y la tertulia, lugar de sociabilidad urbana por excelencia, el sitio emblemático de esta privacidad aristocrática.

Aunque las autoridades tuvieron relativo éxito en el intento de reducir el contacto espontáneo entre los ciudadanos, la cuadrícula se llenaba según una receta común. Las élites urbanas permanecían en el centro de la ciudad. La alta burocracia a menudo vivía a corta distancia de sus oficinas. Y finalmente, las mansiones de los hacendados tendían a construirse en el propio casco urbano, alrededor de la plaza central. Este trazado segregacionista determinó que las periferias y aún las afueras de la ciudad fueran los lugares de residencia habitual para las clases populares. Al mismo tiempo, las necesidades de una vida urbana más pragmática y utilitaria, permitieron y estimularon la cercanía entre el trabajo, la vivienda y el mercado. Tal el caso de los artesanos de Buenos Aires que desarrollaban su actividad productiva, doméstica y comercial en el mismo espacio físico. O lo que sucedía en Caracas, donde algunos comerciantes estaban concentrados en áreas determinadas, y otros dispersaban sus residencias para realizar sus operaciones. En definitiva, la imposición de un modelo de ciudad segregada no fue lo suficientemente eficiente como para evitar la multifuncionalidad de los espacios urbanos ni tampoco una dinámica cotidiana cargada de movimiento.

Un proceso de cambio iniciado por el impacto de la comercialización de productos agrícolas, el *boom* minero y la apertura en los circuitos mercantiles produjo, a partir de la segunda mitad del Siglo XVIII, un cambio de mentalidad en donde la ocupación va desplazando el estatus y determinando la naturaleza de la movilidad social. Desde entonces, emerge un modelo de sociedad que debía organizarse en cinco grandes categorías: las élites; los profesionales; los artesanos; los pequeños comerciantes; y los jornaleros y domésticos.

En el marco de esta nueva forma de entender lo social, dos fenómenos caracterizaron la vida urbana latinoamericana: la consolidación de grupos urbanos intermedios y la presencia femenina. El incremento de cierta “clase media” vinculada a la producción y servicios exclusivamente destinados al mercado urbano expresan mejor que cualquier otro fenómeno la nueva fisonomía urbana. Por el lado de las mujeres, aunque se hallaban sometidas por el derecho al poder del *pater*, van adquiriendo cierta visibilidad legítima en el espacio urbano. En la cúspide social, las mujeres de élite supervisando la marcha de los negocios familiares, tanto a través de las alianzas matrimoniales, como a través del sistema de toma de decisiones que las incluía como integrantes del poder dominante; y para los sectores populares, el aporte económico de las mujeres (muchas veces jefas de hogar), a los magros presupuestos domésticos, a través de su trabajo en el pequeño comercio y en los servicios.<sup>12</sup> El cotidiano ciudadano y un lento proceso de secularización de la vida social conformarán, en el futuro, los marcos de un sistema de hábitos sociales que gradualmente se irá flexibilizando.

Afirmar que una mayor intervención estatal en los asuntos privados y la consecuente disminución del poder de la Iglesia significaron un duro golpe para

---

<sup>12</sup> Para el siglo XVIII, el porcentaje de familias urbanas con jefatura femenina alcanza en promedio el 25% de todos los hogares en América Latina. Cifra que supera casi duplicando el porcentaje del 12% en Europa para la misma época.



el “libre ejercicio” de la conyugalidad y afectaron cierto “equilibrio entre los sexos”, es sólo una parte de la verdad. Dicho argumento parece poco eficiente para explicar algunos fenómenos domésticos de la Argentina temprana. Aunque las tendencias secularizantes sobre la vida familiar refuerzan la privacidad y el poder patriarcal en la organización familiar, al mismo tiempo, posicionan al “escándalo familiar” como cuestión de Estado, y otorgan plena visibilidad a los actores, todos.

Los disensos demuestran un margen aceptado de disputa al poder patriarcal, el reconocimiento de las voces femeninas como sujetos de derecho, y cierta heterogeneidad social en la “ocupación” de espacios institucionales, en este caso el de la esfera judicial. Un teatro capaz de accionar dispositivos de confrontación y negociación de un territorio importante del conflicto social.

El nuevo tipo de intervención del poder público en la vida civil (en especial, un sistema judicial caracterizado por una mayor preferencia por la “razón” y menos vulnerable a los dogmas), descubrió un mundo doméstico de prácticas y representaciones sociales que manifiestamente poco encajaban con los valores familiares tradicionales. El escándalo fue el límite político a la mesa de los arreglos privados. Aunque el matrimonio consagrado continuaba significando el triunfo de una mentalidad barroca, nuestras guerras domésticas premodernas son los seguros indicadores de una tendencia apoyada en el proceso de reconfiguración permanente de las formas familiares y en la falacia de un mito, el de la sagrada familia. Otra manera, más inteligente y justa, de entender la construcción del orden social.

En la línea de las reflexiones finales, concluimos que la sociedad experimenta cambios; la conflictividad doméstica representa transformaciones culturales; los sujetos históricos operan sobre las instituciones; los leguajes, polisémicos siempre, despliegan estrategias. Y sigo pensando, que al margen de modas historiográficas, sigue siendo ese gran desafío propuesto y de mala manera por Claude Lévi-Strauss: historia versus estructura, la mejor guía frente a tanta desorientación.

Para finalizar, nuestro Bicentenario. El retorno a las efemérides, de toda índole y naturaleza implica, en mi opinión, la utilización no problemática de la historia en los espacios públicos. El voluminoso número julio-septiembre 2010 de *Historia Mexicana*, presenta una serie de ensayos bajo el título “Los Centenarios en Hispanoamérica: La historia como representación”, prologados por Tomás Pérez Vejo. Entre ellos, uno solamente dedicado a Argentina, “Arte e historia en los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo”.<sup>13</sup> Se trata de un trabajo descriptivo y casi ingenuo sobre las actividades del primer director del Museo Nacional de Historia, Adolfo P. Carranza y sus discusiones con los artistas vinculados a la *monumenta* proyectada para el evento. Al margen de cierta superficialidad en el tratamiento y de ese otro mal de época, la ideologización en los análisis, lo que sobresale es la densidad de la polémica entre historia y arte, y el debate sustantivo sobre los relatos nacionales, el sentido de los espacios públicos, el papel de los museos y sus colecciones, y las iconografías. Pero más aún, la tremenda eficiencia en la ejecución de múltiples iniciativas de cara a la sociedad.

<sup>13</sup> Laura Malosetti Costa. “Arte e historia en los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo”. *Historia Mexicana*; Vol., 60, Número 1 (237 julio-septiembre), 2010; [pág.] 439-471.

Hoy, la agenda histórica impuesta por el poder se ha hecho eco de un revisionismo falaz de gobierno en la Argentina el discurso sobre la memoria colectiva. El oportunismo, el amateurismo y el espectáculo ocupan el lugar del debate, la producción y las reparaciones y gestión que nuestras instituciones necesitan. No es pesimismo, es parte de un informe de situación. A continuación cito textual cable de prensa 17 de junio de 2010:

“La rotura de una canilla en un baño del Archivo Histórico de Córdoba, fundado en 1941 y uno de los más importantes de Sudamérica, desnudó el desamparo que padece esa institución desde hace años. Unos 50 volúmenes con documento sobre el Juzgado del Crimen, de los siglos XVII y XVIII, se dañaron y, tal vez, se perdieron para siempre porque no están digitalizados.

La lluvia sobre los libros empezó en la noche del miércoles pasado, al término de la jornada laboral, y duró hasta la mañana siguiente. El vástago de una canilla se rompió y el agua fluyó como una fuente.

¿Cuánto del patrimonio está en riesgo? Según la Universidad de Córdoba: todo. Nada menos que los 20 mil volúmenes que contienen, entre 1574 y 1925, la historia de Córdoba. Documentos del gobierno, protocolos de escribanía sobre terrenos, y la historia judicial de la provincia. Entre las joyas en riesgo hay cinco cartas firmadas por José de San Martín; nueve por Manuel Belgrano; una por Juan Manuel de Rosas y otra por Laprida”.



Algunos de los documentos dañados – Foto gentileza diario *La Voz del Interior*.

La penosa situación en la que se encuentra hace años el Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba volvió a atraer la atención pública luego de que este diario contó que los empleados de la dependencia debieron comprar rollos de papel de cocina para secar 55 tomos de documentos únicos del siglo XVIII que resultaron dañados por un problema de humedad.

El conflicto sumó ayer nuevos ingredientes cuando comenzaron a circular varias notas firmadas por el secretario provincial de Cultura, José García Vieyra, en las que niega que la documentación haya resultado dañada por un

incidente similar ocurrido el año pasado, pese a que los documentos no sólo fueron dañados sino que jamás fueron restaurados hasta hoy, según confirmaron a *La Voz del Interior* numerosas fuentes relacionadas con el Archivo.

Las notas fueron firmadas por el secretario de Cultura el 25 de marzo del año pasado, luego de que un caño de agua reventara y mojara estantes enteros que contienen documentación única de los siglos XVII y XVIII de la sección Crimen (documentos judiciales, del fuero penal). Los documentos no sólo se mojaron, mancharon y doblaron, sino que hasta hoy jamás el Archivo Histórico recibió suma alguna para restaurarlos. "Se los van a comer los hongos y los microorganismos", afirmó a este diario la directora de la Escuela de Archivología de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Anna Szlejcher.

Cuando autoridades de la UNC y de diferentes archivos oficiales de la Provincia pidieron explicaciones al secretario de Cultura por la situación de abandono del Archivo, García Vieyra les respondió con las notas mencionadas: "En relación a la documentación obrante en esa dependencia, la misma no ha sufrido daño alguno en virtud del incidente de marras" (ver facsímil).

*La Voz del Interior* pudo fotografiar esos tomos el mes pasado y comprobar que, pese a la respuesta en contrario del funcionario de Cultura, el material mojado el año pasado se arruinó. En la misma nota en la que niega los daños, el funcionario -que desde hace dos días no responde las requisitorias de la prensa- señaló que no había problemas de humedad.<sup>14</sup>

...Entonces, ¿Qué celebramos? Por todo esto, tanto trabajo por delante. Aquí mis comentarios finales por un programa de mínima para una historia abierta:

1. Asumir el carácter controversial y pluralista de la práctica historiográfica
2. Revisar críticamente las demandas de la agenda presente exigiendo un intercambio que privilegie los abordajes científicos y una relación más comprometida con la sociedad civil.
3. Exigir más debate, más investigación y sobre todo más instituciones para encarar esa permanente reescritura del pasado propia de nuestro *metier*.

---

<sup>14</sup> *La Voz del Interior*, 17 de junio de 2010.